

Maquiavelo: Sociedad y política en el Renacimiento

Roberto García Jurado



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades

EDITORIAL
TERRACOTA **ET**

Índice

Introducción	11
1. Las raíces humanistas de Maquiavelo	17
2. Los años de educación y formación	41
3. La caída de la república y la caída del secretario	67
4. La impronta de los Médici	91
5. Savonarola y la renovación republicana	113
6. Los Borgia y la corrupción renacentista	137
7. Los Estados Pontificios y el papado	161
8. Venecia, ¿la república hermana?	185
Bibliografía	211

1. Las raíces humanistas de Maquiavelo

Maquiavelo ocupa un lugar privilegiado en la cultura moderna; se le considera de manera casi unánime el primer pensador político moderno, aunque su comprensión e interpretación sigue dando lugar a las más encendidas polémicas. Su lugar en la teoría política moderna ha sido, es y será siempre objeto de la mayor controversia. La primera cuestión que suscita discrepancia es su identificación o ubicación en el ambiente intelectual y político del Renacimiento. Este periodo está repleto de personalidades notabilísimas en el terreno de las artes, la literatura y el pensamiento político, entre las que se encuentra evidentemente él mismo. Sin embargo, una interrogante persistente es ¿en qué sentido y por qué se le puede considerar un pensador típico del Renacimiento y, simultáneamente, qué es lo que lo distingue para ser considerado excepcional y sobresaliente?

Resulta evidente e indiscutible que el Renacimiento dejó un potente y caudaloso legado en el terreno de las artes, sobre todo en el de las artes plásticas. Podría decirse que la cultura y la sensibilidad moderna en este terreno no pueden tener un referente y punto de origen más directo, pues a la hora de señalar las obras más significativas de este periodo aparecen en primer orden las aportadas por estos genios de las artes plásticas, y aunque las obras de los humanistas no desmerecen en modo alguno, aparecen siempre con una visibilidad menor.

En este sentido, aun cuando no es tan sencillo establecer una conexión clara y unívoca, o incluso una diferenciación específica, entre los humanistas y los artistas renacentistas, pues había algunos que podrían ser considerados ambas cosas, uno de los aspectos que tenían en común de manera indiscutible era que todos ellos acudían a la Antigüedad en busca de ideas y modelos, aunque en otros aspectos hubiera cierta diferencia y distancia entre ambas mentalidades y ocupaciones.

De este modo, el Renacimiento también dejó una impronta memorable no solo en las artes plásticas, sino también en otras áreas de la actividad humana, como en la literatura, la historia y el pensamiento político. Así, aunque el brillo de Maquiavelo ha opacado nombres como el de Francesco Guicciardini, Donato Giannotti, Francesco Patrizi, Gasparo Contarini o Paolo Sarpi, no debe pasarse por alto que estos y otros muchos autores coetáneos protagonizaron y enriquecieron el pensamiento político de la época.

Sin embargo, lo que más importa en este capítulo es llamar la atención sobre el hecho de que Maquiavelo y sus contemporáneos pertenecen a una larga tradición de pensadores políticos, filósofos y literatos que tuvieron una enorme relevancia en la formación cultural italiana y europea, cuyas reflexiones y acciones modificaron gradualmente las ideas y sensibilidad de la sociedad en un sentido que permitió configurar las bases de la cultura moderna.

Maquiavelo tenía muchas cosas en común con todos estos intelectuales, sobre todo el hecho de que, como ellos, bien podía ser calificado como un humanista, más aún, un ejemplo típico de humanista. Aunque en el mundo contemporáneo el significado del humanismo ha cambiado ligeramente, para poner atención sobre todo al estudio y comprensión de la existencia integral del ser humano, lo que podríamos llamar un antropocentrismo razonado, en el siglo XVI, y desde dos o tres siglos antes, ser humanista significaba tres cosas: poseer un nivel cultural alto, lo cual implicaba tener un grado de conocimientos elevado del latín y, derivado de ello, apreciar y admirar los logros de las letras latinas clásicas, y además dedicarse a labores de enseñanza de retórica y gramática latina o bien al desempeño de un cargo público, que casi por definición requería en esa época el dominio del latín. Además, durante los siglos XIV y XV el humanismo estaba tan estrechamente asociado a los valores del republicanismo clásico que parecía un requisito ser republicano, aunque a finales del siglo XV y durante el XVI, esta correlación tendió a relajarse. Como puede verse, Maquiavelo era un ejemplo típico del humanismo, sobre todo considerando su admiración por la Antigüedad y sus convicciones republicanas tan arraigadas, lo que nunca le impidió admitir y recomendar gobiernos principescos cuando las circunstancias políticas y sociales lo requirieran, como hicieron muchos otros humanistas del siglo XVI.

Colocar a Maquiavelo dentro de esta larga tradición de pensadores humanistas no es una novedad, es un juicio ampliamente documentado por

2. Los años de educación y formación

Maquiavelo era un hombre de acción política más que de reflexión, un fanático de la *vita activa*, como se ha dicho ya. Los catorce años (1498–1512) que sirvió al gobierno de la república de Florencia seguramente se habrían prolongado mucho más, tal vez hasta el mismo término de sus días, si no hubiera sido por su mala fortuna y por los trastornos típicos de los Estados italianos del siglo xvi.

Como es sabido, sus grandes obras políticas no solo se escribieron una vez que había perdido su empleo como secretario de la república, sino que la más conocida, *El príncipe*, se redactó con el propósito específico de hacer méritos para ser readmitido en el servicio público, es decir, muy probablemente este libro no existiría si Maquiavelo no hubiera perdido su empleo, cayendo en desgracia social y política.

Sin embargo, más allá de las circunstancias fortuitas que propiciaron las reflexiones y escritos políticos de Maquiavelo, bien vale la pena detenerse para analizar las circunstancias personales que vivía Maquiavelo y que determinaron en más de un sentido sus conclusiones teóricas, y también resulta pertinente poner atención a su entorno político, social y cultural, a su momento histórico, determinado por esa herencia humanista y republicana que había recibido de sus antecesores, sin lo cual se pierde una gran parte del sentido y significación de su obra.

Así, aunque se han escrito ya extensas y concienzudas biografías del secretario florentino, comenzando por los trabajos seminales de Pasquale Villari *Niccolò Machiavelli e i suoi tempi* de 1877 y de Oreste Tommasini *La vita e gli scritti di Niccolò Machiavelli nella loro relazione col machiavellismo* de 1883, y considerando también trabajos más recientes, como el de Roberto Ridolfi, *Vita di Niccolò Machiavelli* de 1954, de Maurizio Viroli, *Il sorriso di Niccolò. Storia di Machiavelli* de 1998, y el de Niccolò Capponi,

An Unlikely Prince. The Life and Times of Machiavelli de 2010, que destacan por su meticulosidad u originalidad para tratar los aspectos biográficos de Maquiavelo, es necesario establecer un lazo más estrecho y un vínculo analítico entre los hechos mismos de su vida y las ideas políticas que expresó en sus obras. Este es precisamente el propósito de este capítulo, que centra su atención en dos grandes etapas de la vida de Maquiavelo, la de su infancia y juventud, de 1469 a 1498, y la de su periodo como servidor de la república, de 1498 a 1512.

LA VIDA DE UN HUMANISTA EN EL RENACIMIENTO

Niccoló Machiavelli pertenecía a una antigua familia toscana asentada en Montespertoli, en la zona del Oltrarno (más allá del río Arno), muy cerca de Florencia. Era una familia medianamente acomodada, que gozaba de algún bienestar económico debido sobre todo a que percibía algunas rentas provenientes del sector agrícola. También disfrutaba de cierto nivel educativo y cultural, así como del reconocimiento en su comunidad, al grado de que doce miembros de la familia habían ya ocupado el cargo de gonfaloniero de la ciudad, nombre que se le daba en Florencia a quien fungía como alcalde, y 54 habían sido priores, nombre que recibían los miembros de la Señoría, el principal Concejo del gobierno municipal (Grazia, 1990: 4-5).

El abolengo de la familia se acreditaba fácilmente por la posesión de un escudo de armas propio, asociado al significado de su nombre, pues consistía en una cruz azul que reposaba sobre un fondo plateado en cuyos cuatro extremos tenía las cabezas de los clavos asociados al martirio de Cristo, o sea, unos *mali clavelli* (malos clavos). De ahí se deriva precisamente el nombre de los Machiavelli, que en italiano es un plural, por lo que la traducción del apellido de nuestro autor al español muy bien podía haberse hecho como Nicolás de los Maquiavelos, aunque por alguna razón, perdida en la historia, se hizo en singular, como se usa ahora. En este sentido, vale la pena comentar que fue bautizado como Niccoló y no como Nicola, para afirmar así el particularismo florentino, que prefería dar este giro al nombre de Nicola, forma de este apelativo usada en el resto de Italia (Villari, 1958; Ridolfi, 1961).

Giovanni Villani, el gran cronista de Florencia, cuenta cómo los Maquiavelo destacaban entre las principales familias güelfas, partidarias del papa, que tras la derrota de 1260 tuvieron que abandonar la ciudad, a la que no volverían sino varios años después.

Ya en el siglo xv hay ciertos indicios que dan cuenta de su mediana económica, como el *catasto* de 1427, una especie de padrón fiscal, en donde se tasaban las propiedades del abuelo de Maquiavelo, que por su cuantía lo colocaban entre las doscientas familias más ricas de la zona. Aun cuando la familia sufrió en el transcurso del siglo un descenso notable en su posición económica, el *catasto* de 1498 muestra que el padre de Maquiavelo conservaba algunas propiedades que le permitían cierta tranquilidad económica (Brucker, 2010; Capponi, 2010).

Como puede verse, algunos personajes de la familia habían gozado de renombre, al grado de haber ocupado varias veces los cargos públicos más importantes de la ciudad. Incluso en fechas no tan remotas como 1459, un Maquiavelo, Girolamo, había destacado por oponerse abiertamente al gobierno oligárquico de Cosme el Viejo, el gobierno de los *ottimati*, por lo cual fue exiliado, luego recapturado y finalmente recluido en el calabozo, en donde moriría (Grazia, 1990: 4-5).

El padre de Nicolás, Bernardo Maquiavelo, fue doctor en leyes y ocupó durante algún tiempo el modesto cargo de tesorero de la Marca, sin poder aspirar a escalar en el servicio público debido muy probablemente a su origen ilegítimo. En vida, debió gozar de algún prestigio y reconocimiento público, porque Bartolomeo Scala, otro jurisconsulto reconocido de la época, que incluso fue secretario de la república de 1464 a 1497, lo hace protagonizar un diálogo que compuso en 1483, en el cual se diserta doctamente acerca de la filosofía del derecho.

Los pocos datos que existen de la infancia de Nicolás provienen precisamente del *Libro di ricordi* que llevaba su padre, en el que anotó cómo comenzó su educación a los siete años, cuando fue enviado a un maestro particular para que le enseñara el *donatello*, o sea los rudimentos del latín, continuo a los diez años con el estudio del *abaco*, es decir la aritmética, para lo cual fue enviado con otro maestro particular que le enseñó esta materia, a lo que siguieron clases avanzadas de gramática latina cuando tenía ya doce años (Machiavelli, 2004).

El padre de Nicolás no se limitó a enviarlo a las lecciones de latín, sino que además, gracias a la pequeña pero bien escogida biblioteca que tenía, Nicolás pudo adentrarse en la lectura de los clásicos latinos y de algunos contemporáneos. En este mismo *Libro di ricordi*, su padre anotó los libros que prestaba, le prestaban o compraba, entre los que destacan autores como Tito Livio, Plinio, Macrobio, Ptolomeo, Justiniano, Aristóteles y, sobre todo, Cicerón. Como puede verse, Maquiavelo recibió una educa-

3. La caída de la república y la caída del secretario

Si bien en el capítulo anterior se trató el tema de la educación, formación y ejercicio del servicio público de Maquiavelo, este se ocupa de lo que podríamos llamar la segunda mitad de su vida, en la cual se concentra su producción intelectual: los años que van de 1512 —cuando deja de ser segundo secretario del gobierno florentino—, hasta 1527 —año de su muerte.

A diferencia de sus biógrafos más reconocidos, se ha hecho aquí una segmentación en tres etapas de este periodo que puede ayudar a entender mejor sus circunstancias personales y el contexto político: la primera, muy corta pero muy intensa, va de 1512 a mediados de 1513, cuando cae la república de Florencia, pierde su empleo y es denigrado públicamente; la segunda, de 1513 a 1520, cuando vive serias dificultades económicas, trata de reingresar al servicio público y escribe *El príncipe* y los *Discursos*, y la tercera, de 1520 a 1527, cuando comienza a servir a los Médici, obtiene un modesto cargo público y vuelve a caer en desgracia, al restaurarse la república de Florencia en 1527 y es considerado enemigo de esta.

CAÍDA EN DESGRACIA

El año 1512 fue trágico en la vida de Maquiavelo y en la historia de Florencia. Maquiavelo fue destituido de su cargo como segundo secretario de la república de Florencia, una función que había desempeñado los últimos catorce años, desde julio de 1498. No obstante, debió dejar su puesto no solo de manera abrupta, sino signado por la ignominia, ya que la Señoría, el máximo consejo de gobierno de la ciudad, lo separó de sus funciones el 7 de noviembre de ese año, y tres días después le impuso una fianza de mil florines y le prohibió abandonar el territorio de la república. Por si fuera poco, a la siguiente semana, el 17 de noviembre, la Señoría

también le impidió entrar al palacio de gobierno, el edificio que había sido su lugar de trabajo durante catorce años y al que ahora se le cerraba el acceso de manera denigrante (Ridolfi, 1961; Vivanti, 2013; Villari, 1958).

La tragedia que sufrió ese mismo año la república no fue menor. Poco antes de la destitución de Maquiavelo, el 31 de agosto, Piero Soderini se vio obligado a renunciar a su cargo como gonfaloniero de la ciudad, el máximo órgano ejecutivo del gobierno, y a quien Maquiavelo rendía cuentas directamente. De este modo, el primero de septiembre, Soderini abandonaba Florencia con rumbo a Siena, poco antes de que ese mismo día entrara en la ciudad el cardenal Giovanni de Médici, el jefe político en ese momento de la familia. Aunque Florencia fuese nominalmente una república, los Médici la habían gobernado desde 1434 como si se tratara de un patrimonio propio, de una monarquía hereditaria, control que perdieron en 1494 debido a una rebelión popular que no solo les arrebató el gobierno, sino que los expulsó de la ciudad, dando paso así a la instauración de un verdadero gobierno republicano, al que Maquiavelo sirvió desde 1499 con entrega y lealtad. Ahora, dieciocho años después, los Médici volvían a Florencia no solo para habitar en ella, ni como simples ciudadanos, con la honesta intención de recuperar sus bienes mediante un pago legítimo, como presumía el cardenal Médici, sino que volvían en realidad con el propósito de hacerse cargo nuevamente del gobierno, como antaño (Hale, 2004; Hibbert, 1979).

No obstante, para comprender el alcance de estos acontecimientos, será conveniente ponerlos en perspectiva, ya que pocos momentos en la historia de los florentinos y en la vida de Maquiavelo fueron tan aciagos como el año 1512.

Maquiavelo comenzó ese año desempeñando una intensa actividad militar. No solo era el segundo secretario de la república, sino que también era el secretario de los *Diez de la Libertad*, el órgano encargado de las cuestiones bélicas de la república. La segunda secretaría no estaba directamente subordinada a la primera, aunque sí tenía menor rango y prestigio institucional. No obstante, gracias a su empeño y dedicación, Maquiavelo se convirtió en el hombre de mayor confianza del gonfaloniero, quien lo hizo su principal colaborador, su agente para llevar a cabo algunas de las más importantes tareas del gobierno. Aunque teóricamente las cuestiones diplomáticas correspondían a la primera secretaría, durante los primeros años de la administración Soderini, Maquiavelo fue el encargado de desempeñar las misiones diplomáticas más delicadas, pues fue envia-

do ante el emperador, el rey de Francia, el papa y algunos de los príncipes más importantes de la península. No obstante, dada la comprometida situación internacional en la que se encontraba Florencia en esa época, se le encomendó concentrarse en los preparativos de la defensa nacional (Viroli, 2009).

Así, desde 1506 Maquiavelo comenzó a dedicarse a la creación y organización de la milicia florentina. Desde ese año y hasta 1511 combinó casi por igual esa tarea con sus acostumbradas encomiendas diplomáticas, no obstante, desde principios de 1512 se concentró de nuevo solo en las cuestiones militares. Durante esos meses continuó con la organización y administración de la milicia de infantería que ya había creado, y a fines de 1511 acometió la tarea de crear la milicia de caballería de la cual se habló en páginas anteriores, así como la inspección y supervisión de las fortalezas que protegían el territorio (Hörnqvist, 2002).

Este cambio notorio en las actividades centrales de Maquiavelo no era casual, sino una consecuencia de la situación de enorme peligro por la que pasaba Florencia. Antes de 1494, la principal amenaza a su seguridad provenía del sur, esencialmente de Roma y de Nápoles. Estos dos Estados italianos se habían convertido en su principal peligro desde 1478, el año de la rebelión de los Pazzi (que se describe con detalle en el capítulo siguiente). Como entre los culpables estaba el propio arzobispo de Pisa, Francesco Salviati, no se detuvo en consideraciones para su ejecución, lo que enfureció al papa, quien contando con el apoyo de Nápoles, su aliado, se preparó para entrar en guerra contra Florencia. Solo el valor y la habilidad de Lorenzo resolvieron este conflicto tan riesgoso, pues logró incluso establecer, a partir de esos años, relaciones pacíficas con estos dos Estados (Martines, 2006b; Brucker, 1983b).

Desde entonces Florencia experimentó un periodo de relativa tranquilidad, que terminó en 1494, cuando las amenazas y hostilidades provinieron del norte, de Francia, un reino del que Florencia era aliada, pero que tenía ambiciones anexionistas sobre otros Estados italianos, en principio sobre Nápoles, lo que implicaba una desestabilización de la región.

Así fue como en 1494 el rey francés Carlos VIII decidió incursionar en suelo italiano para reclamar el trono de Nápoles, para lo cual contaba, además de Florencia, con la alianza e invitación de Milán. La campaña francesa fue el disparo de salida para que otras potencias europeas intervinieran o aumentaran su presencia en Italia, como España, el Imperio y la propia confederación de los suizos, a quienes parecía haber instrui-

4. La impronta de los Médici

La vida y la obra de Maquiavelo están estrechamente ligadas a la acción política que ejerció la familia Médici en Florencia. Omnipresentes en la historia de esta ciudad, los Médici la gobernaron durante casi tres siglos, desde 1434 hasta 1737, periodo en el cual su dominio solo se vio interrumpido por dos breves interludios republicanos, el primero entre 1494 y 1512 y el segundo entre 1527 y 1530.

La primera de esas interrupciones fue la más significativa para Maquiavelo, ya que fue cuando sirvió al gobierno republicano, pues se incorporó como secretario de la segunda cancillería en 1498 y dejó el puesto en 1512, coincidiendo, o más bien determinado por el nuevo escenario político; la restauración de los Médici. Luego de esa fecha, y muy a su pesar, Maquiavelo no pudo nunca volver a ocupar un cargo relevante en el gobierno de la ciudad, aun cuando trató de hacerse grato a los Médici por medio de los más diversos recursos, uno de los cuales fue precisamente la composición de *El príncipe*. Este libro fue concebido para verter en él de la manera más clara y directa lo que Maquiavelo consideraba haber aprendido durante su experiencia política, con la intención y el fin explícitos de ponerlo al servicio de los Médici. Otra de sus obras fundamentales, la *Historia de Florencia*, fue escrita por encomienda directa de Julio de Médici, arzobispo de Florencia, a quien se la dedicó una vez que este ya había sido elegido papa y llevaba el nombre de Clemente VII.

Sin embargo, estas son apenas un par de circunstancias en las cuales las vidas de Maquiavelo y la familia Médici se entrecruzan pues, como se verá con más detalle en las páginas que siguen, la vinculación fue mucho más que anecdótica. Además, a pesar de que la vida de Maquiavelo estuvo influida en más de un sentido por la familia Médici, lo que resulta más importante para nosotros, y que motiva esta atención, es la acción polí-

tica de la familia en Florencia, pues al gobernar directa o indirectamente la ciudad durante este largo periodo, definió y modificó en buena medida la vida de la sociedad florentina. Como Florencia fue campo primario de observación y experimentación política de Maquiavelo, a partir de lo cual percibió, elaboró y confirmó muchas de las ideas que plasmaría en sus obras, vale la pena observar y analizar de cerca la vinculación del secretario florentino con esta dinastía.

CÓSIMO DE MÉDICI

Cósimo de Médici (1389-1464) fue propiamente el fundador de la dinastía. A su muerte, se inscribió en su lápida la leyenda “padre de la patria”. No fue en modo alguno el primer miembro prominente de la familia. Antes de él ya había destacado su padre, Giovanni de Médici, a quien se debió en buena medida la riqueza de la familia y la creación del banco Médici, que en su momento fue uno de los más importantes de Europa. Poco antes también había brillado otro Médici, Salvestro, una destacada figura en la escena pública florentina, en particular a raíz de la llamada revuelta de los *ciompi* de 1378, es decir, los trabajadores de la industria textil que se rebelaron para exigir mejores condiciones de vida y mayor participación en el gobierno de la ciudad, acontecimiento en el cual Salvestro se puso de su lado; del lado popular y en contra de los *magnati*, los grandes, lo cual trajo profundas implicaciones para el futuro familiar (Hale, 2004).

Este episodio es muy significativo, porque aunque existen algunas referencias documentales de la participación de los Médici en la vida política de la ciudad desde principios del siglo XIII, en esta ocasión se llegó a considerar a Salvestro “padre de la revolución”, y aunque no fue el individuo más influyente en el gobierno popular resultante (1378-1382), sí fue el principio de una intensa intervención de la familia en la vida política de la ciudad y de una estrecha asociación con el partido popular (Mollat y Wolff, 1976).

En esta época, los Médici apenas empezaban su desarrollo económico, por lo que con frecuencia se confrontaban con las familias más ricas de la ciudad, que formaban la oligarquía e imponían su voluntad e intereses al gobierno comunal. Dado que Florencia sufría todo el tiempo agitaciones causadas por diferentes convulsiones políticas y la oligarquía local había adoptado una posición güelfa o partidaria del papa, los Médici —o al menos Salvestro, que era su miembro más destacado—, se alinearon casi de manera natural en el bando contrario, los gibelinos, partida-

rios del emperador, partición que también agrupaba de un lado al *popolo minuto*, es decir los sectores populares, y del otro al *popolo grasso*, los oligarcas (Brucker, 1957).¹

Desde entonces se construyó la asociación entre la familia Médici y el partido popular, aun cuando esta no sirviera más que para diferenciar a una facción oligárquica de la otra.

No obstante que ya la familia Médici había participado activamente en la escena pública de Florencia durante la primera mitad del siglo XIV, durante la segunda mitad, salvo esta destellante participación de Salvestro, tuvo una aparición más bien discreta. Más aún, en no pocos casos se vieron acosados, perseguidos y algunos de sus miembros fueron incluso expulsados de la ciudad.

Los problemas de los Médici no eran solo de índole política o económica, pues en esta etapa llenaban un historial de violencia y delitos del más diverso tipo. Incluso existe el registro de que entre 1343 y 1360 cinco Médici fueron condenados por asesinato, un récord poco envidiable aun para una época tan violenta y al que no se asemejaba el de ninguna otra familia.

En las últimas dos décadas del siglo XIV los Médici persistieron en su conducta violenta, al grado de que en 1400 una buena parte de la familia fue desterrada de la ciudad. En 1397 dos miembros de la familia fueron ejecutados por participar en una conspiración contra el jefe de la oligarquía y del gobierno de la ciudad, Maso de Albizzi, lo que prelude la confrontación que estallaría en la década de 1430 entre los Médici y los Albizzi, de la cual saldrían entonces vencedores los primeros, dando origen a su larga hegemonía en la ciudad (Hibbert, 1979).

Aun cuando la actuación más destacada en la arena política a fines del siglo XIV fue la de Salvestro, en el terreno económico quien más logros acumuló fue Giovanni de Médici. Poco antes que él, su hermano Francesco ya se había inscrito en el Arte del Cambio, el gremio de los banqueros, y Giovanni, que ya pertenecía al Arte de la Lana, el gremio textil, siguió los pasos de su hermano y en 1386 se inscribió también en esa otra agrupación. Ese fue el origen del banco Médici, el cual pronto se desarrollaría hasta convertirse en uno de los más importantes de Europa (Roover, 1946a, 1946b).

¹ Aunque tradicionalmente se ha identificado a los güelfos como partidarios del papa y a los gibelinos como partidarios del emperador, en realidad esta división y polarización englobaba o encubría otras pugnas y polarizaciones al interior de las ciudades italianas de la época, por lo que la contraposición resultaba más funcional que ideológica (Balestracci, 2017: 14-24).

5. Savonarola y la renovación republicana

En 1494 Maquiavelo era un joven de 25 años, educado, inquieto y atento a todo lo que ocurría en Florencia, que experimentaba una de las transformaciones políticas más relevantes de la época, la cual dejaría honda huella en sus ideas y concepciones políticas.

En ese año, tan significativo para Florencia, el rey francés Carlos VIII decidió reclamar el reino de Nápoles atendiendo a los derechos heredados de su abuela, María de Anjou, y se alió con Ludovico el Moro, primero regente y luego Duque de Milán, para emprender una campaña de conquista del reino, entonces en poder de Fernando de Aragón. Hasta ese momento, Florencia había sido aliada de Nápoles, por lo que Carlos VIII había instado en repetidas ocasiones a los florentinos para que cambiaran de bando, lo que le garantizaría una alianza estratégica, pues al cruzar los Alpes no solo atravesaría el territorio ya aliado de Lombardía, sino que podría continuar por el de la Toscana con la misma tranquilidad, llegando así hasta el centro de la península, casi hasta las mismas puertas de Roma, en donde el papa no tendría otra opción que darle el paso franco hacia el sur, directamente hacia el reino de Nápoles.

Ante la llegada del rey francés, Piero de Médici, a la sazón gobernante *de facto* de la ciudad, salió a su encuentro y de manera sorprendente no solo decidió unirse a Carlos, sino que aceptó condiciones más propias de un vencido que de un aliado. Cuando el gobierno formal de Florencia y el conjunto de la sociedad se enteraron, se produjo un descontento de tal magnitud que de inmediato se transformó en una rebelión, por lo que Piero no vio otro remedio que huir a toda prisa.

En estas circunstancias irrumpe en la escena política Girolamo Savonarola, un fraile dominico que había llegado a Florencia en 1482 procedente de Bolonia y que en los últimos dos años de vida de Lorenzo el

Magnífico (1490-1492) se había hecho de un gran prestigio como monje, predicador y profeta. A partir de 1494, Savonarola desborda inconteniblemente los límites religiosos y se convierte en el personaje más importante de la vida social, cultural y política de la ciudad.

Estos años fueron determinantes también en el desarrollo intelectual de Maquiavelo, quien se refiere con frecuencia a estos acontecimientos en sus escritos para ejemplificar muchas de sus opiniones y afirmaciones políticas, y hace en muchos casos alusiones específicas a Savonarola y su intervención en estos. Por tal razón, el propósito de este capítulo es analizar la influencia que Savonarola ejerció en las ideas políticas de Maquiavelo, ya que seguramente no solo la actividad del fraile dominico llamó su atención, sino también sus opiniones, sermones, iniciativas legislativas e, incluso, sus *profecías*.

REFORMA RELIGIOSA Y RENOVACIÓN MORAL

El multicitado pasaje del capítulo XV de *El príncipe* en donde Maquiavelo dice “pero, siendo mi propósito escribir algo útil para quien lo lea, me ha parecido más conveniente ir a la *verdad efectiva* de la cosa que a la representación imaginaria de la misma. Muchos se han imaginado repúblicas y principados que no se han visto jamás ni se ha sabido que existieran realmente” (Maquiavelo, 2010:110)¹ se ha tomado en sí como un manifiesto científico, como uno de los pilares de la ciencia política moderna y del mismo método científico.

A partir de un postulado como este y del espíritu científico que animó a personajes como Nicolás Copérnico, Galileo Galilei o Giordano Bruno, se ha considerado al Renacimiento no solo como una época de esplendor en el terreno de la plástica, la arquitectura y la literatura, sino también como una revolución científica, motivada por un ánimo racional y un impulso tecnológico sin precedentes.

Otro pasaje relevante, mucho menos conocido pero vinculado directamente con el anterior e igualmente significativo, se encuentra en la carta que Maquiavelo le escribió a su amigo Francesco Vettori el 10 de ago-

¹ En esta cita he resaltado la expresión “verdad efectiva” porque el traductor de esta edición ha escrito en este lugar “verdad real” donde Maquiavelo había escrito “verità effettuale”. Probablemente el traductor haya usado esta expresión porque en la siguiente oración Maquiavelo habla del plano imaginario, cuyo contraste natural es lo “real”. Sin embargo, creo que tanto en italiano como en español la expresión *verità effettuale* o *verdad efectiva* traduce mejor la intención de Maquiavelo, que es dar cuenta de la naturaleza de los hechos a partir de una relación de causa-efecto.

to de 1513, es decir, muy probablemente en el mismo momento en que se encontraba escribiendo *El príncipe*, en donde al analizar la situación de la política europea, y en particular las ambiciones de España, Francia y el emperador con respecto a Italia, plantea que “quien quiere ver si una paz es duradera o segura, debe entre otras cosas examinar quienes quedan por ella descontentos y qué es lo que puede nacer de ese descontento entre ellos” (Maquiavelo, 2013a: 115), lo cual constituye también un principio fundamental de análisis político, diplomático e histórico.

En el mismo talante, cuando Maquiavelo trata el tema de la religión en los *Discursos* hace gala también de su espíritu analítico, pues considera que cuando los gobernantes de un Estado consideren benéfico el efecto de la religión para mantener a su pueblo unido y fiel, deben fomentarla, aunque sepan que los dogmas de esta son falsos, pues lo que importa es el efecto real, no el dogma en sí. “Pues este ha sido el proceder de los sabios, y de aquí nació la autoridad de los milagros que se celebran en las religiones, aunque sean falsos, pues los prudentes los magnifican, vengan de donde vengan, y con su autoridad los hacen dignos de crédito para cualquiera” (Maquiavelo, 2005: 72). Todo con tal de lograr el efecto político necesario.

Sin embargo, los siglos xv y xvi todavía eran una época de astrología, brujería y profecías. Ciertamente el Renacimiento ya había comenzado a transformar la percepción y el espíritu de la sociedad, sobre todo entre las élites acaudaladas y educadas, pero lejos estaba de transformarlos y sustituirlos por completo. El mismo Maquiavelo que proponía aproximarse a la realidad para descubrir la *verità effettuale* de las cosas y no atender a suposiciones imaginarias, tituló el Capítulo I.56 de los *Discursos* de esta manera: “Antes de que se produzcan grandes acontecimientos en una ciudad o en una provincia se suelen ver signos que los pronostiquen u hombres que los profeticen”. Un poco extraño, pues contrasta de forma estridente con la cita previa; más aún, todo este capítulo parece un tanto aislado del conjunto y del espíritu de la obra. Sin embargo, no pude ignorarse en modo alguno, máxime si se consideran algunas de las afirmaciones que contiene, como esta: “Por qué se produce esto, no lo sé, pero se puede comprobar con ejemplos antiguos y modernos que no se produce ningún grave acontecimiento en una ciudad o en una provincia, sin que haya sido anunciado por adivinos, revelaciones, prodigios y otros signos celestes” (Maquiavelo, 2005: 172).

Como puede verse, una vez más es evidente el contraste entre este pasaje y el que postula atenerse a la *verità effettuale* de las cosas. No obstante,